

PLÁTICA XVII.

EL ROSARIO.

Salutate Mariam, quæ multum laboravit in vobis.

Saludad á María, la cual ha trabajado mucho para vosotros.
(Rom. XVI, 6.)

ESTAS son las palabras del apóstol san Pablo en la Epístola que escribió á la Iglesia que empezaba á formarse en la capital del mundo. Entre las cosas que recomienda á los cristianos, les ruega que saluden de su parte á una santa señora llamada *María*, que había empleado sus bienes y sus cuidados para el adelantamiento de aquella Iglesia naciente. Permitidme, hermanos míos, que me valga en este día de las mismas palabras para recomendaros que saludéis, no solamente por un cumplimento de decoro, sino por un sentimiento de piedad y por un deber de agradecimiento, á otra *María*, que tiene por cierto un mérito muy diferente, y con respecto á la cual tenemos obligaciones mucho más esenciales, puesto que ella ha trabajado para la salud, la paz y la felicidad de todos los hombres. Esta es María, la Madre de Dios, la mediadora de los hombres cerca de su Hijo, la Reina del cielo, la esperanza y el refugio de los pecadores, y á quien los justos le son deudores, después de serlo á su Hijo, de todos sus bienes y de todos sus tesoros espirituales. Esta María es, á la que os pido encarecidamente que saludéis á menudo con todos los sentimientos de respeto, de cariño y de confianza que merecen su dignidad y sus beneficios, y á que os obliga vuestro propio interés: *Salutate Mariam quæ multum laboravit in vobis.*

La salutacion que os pido que le hagais, no es un cumplimento officioso, cuales son los que se acostumbran dirigir á los grandes de la tierra: él ha sido en parte anunciado por un ángel que bajó del

cielo, en parte por santa Elisabet llena del espíritu de Dios; y la Iglesia en seguida, inspirada del Espíritu Santo, le ha dado su última perfeccion, y ha hecho de ella la más comun de sus oraciones. Esta oracion pues, consagrada al honor de la santísima Virgen, y que se repite con tanta frecuencia rezando el rosario, nos hace ver la excelencia de estas prácticas de piedad, con tal que se ejecuten de una manera digna de la Religion. Esto es muy importante que os lo enseñe.

Es constante, que entre todas las oraciones vocales con las que la Iglesia honra á la santísima Virgen, y las prácticas de devocion que la piedad ha sugerido á los fieles para darle el culto que le es debido, la del Rosario, cuando se cumple con los sentimientos conformes á las miras de su institucion, es una de las más auténticas y más agradables á Dios y á la santísima Virgen. Esto es fácil demostrarlo por la antigüedad de su origen, la santidad de su autor, la multitud de los milagros incontestables que la han autorizado, y en fin, por los privilegios é indulgencias que están aplicadas á ella.

A últimos del siglo XII el espíritu de herejía, que es inseparable del espíritu de rebelion, hizo tomar las armas á los albigenses para sostener sus errores con el hierro y el fuego, no pudiendo defenderlos con la razon ni con la Escritura. En poco tiempo se vió al rey de Aragon, á los condes de Tolosa y de Armañaque, y á muchos otros soberanos y grandes señores, engrosar este partido y componer un ejército formidable. El terror se difunde por todas partes, y la tempestad amenaza al mismo tiempo al Estado y á la Religion, al reino de Francia y á la Iglesia católica. ¿Quién se atreverá á oponerse á ese torrente? No nos inquietemos por ello, hermanos míos: el Dios de los ejércitos, que envió en otro tiempo Simon Macabeo para la salvacion de su pueblo, va á suscitar á Simon conde de Monfort, nuevo Macabeo, para la proteccion de su Iglesia; y María por otra parte, dando el Rosario á santo Domingo, parece decirle estas palabras de consuelo: *Accipe, fili mi, sanctum gladium* (II Macch. xv, 16), *in quo dijicies adversarios populi mei*: Toma, hijo mio, esta santa espada, don de Dios, con la cual derribarás á los enemigos de mi pueblo.

La promesa no fué vana: el Rosario fué como la cuchilla de Gedeon que hizo un destrozo universal en el campo de los Madia-

nitas. El ejército del conde de Monfort no era tan considerable por el número de sus tropas como por la protección del cielo y la piedad de los soldados: él hizo como Judas Macabeo: armó á cada uno de sus soldados, no con lanzas ni escudos, sino con un rosario y una elocuente y piadosa exhortación (II *Macch.* xv, 44). Así es, que dada la señal del combate, invocan ellos el nombre del Señor, se arrojan con intrepidez sobre los enemigos, y con las oraciones en la boca, la piedad y la confianza en el corazón, desbaratan sus escuadrones, y consiguen una victoria de las más señaladas. ¡Oh Virgen sagrada! ¡cuánta razón tiene la Iglesia de cantar á gloria vuestra que á Vos sola debe atribuirse la destrucción de todos los monstruos de la herejía en todo el mundo, y en particular de las de los albigenses en Francia!

Santo Domingo, después que el cielo hubo autorizado la devoción del Rosario con un prodigio tan maravilloso y al mismo tiempo tan incontestable, partió desde luego á publicar, predicar y establecer por todas partes esta santa Cofradía con un suceso tan prodigioso y un celo tan infatigable, que parecía haber resucitado el tiempo de los apóstoles, haciendo reflorar los primeros siglos de la Iglesia y la piedad de los primeros fieles. Esta oración, recitada con un espíritu de fe y de religión, atrajo sobre los pueblos tantas gracias y bendiciones del cielo, que no se veía por todas partes sino mudanza de vida, conversión de costumbres, y penitencias tan fervorosas, que se hubiera tomado á la mayor parte de aquellos que se habían alistado en aquella santa sociedad, no ya como á hombres, sino como á ángeles; no ya como á pecadores, sino como á bienaventurados. Así es, que bien pronto los reyes, los príncipes, los soberanos Pontífices, los más grandes prelados, y millares de personas de la primera cualidad, distinguidas por la extensión de sus conocimientos y la santidad de sus costumbres, se hicieron una gloria de asociarse á esta santa Cofradía, en la que se tributan á María los justos obsequios que le son debidos, rezando en su honor una oración que le es muy agradable, y que excita en su corazón sentimientos de benevolencia para con aquellos que le dirigen estas palabras todo divinas, puesto que ellas vienen efectivamente del cielo, y han sido inspiradas por el Espíritu Santo.

En fin, esta práctica de devoción nos recuerda la memoria del beneficio inefable de la encarnación del Hijo de Dios, y nos excita á amarle, alabarle, bendecirle y servirle. Por este medio invocamos á su santa Madre, y le decimos lo que puede mover más su corazón.

Nosotros la saludamos como si ocupáramos el puesto del ángel Gabriel: nosotros cumplimos un deber que un hijo debe á su madre y un vasallo á su reina. Nosotros recibimos recíprocamente la salud de su parte, y ella nos devuelve salutación por salutación, bendición por bendición, amor por amor. Al saludarla *llena de gracia*, ella nos las procura abundantes; y nosotros tenemos tanto más motivo de esperarle de su bondad, cuanto lo que pedimos á Dios por su intercesión es lo que ella desea más obtenernos, y está comprendido en lo que la Iglesia ha añadido á las palabras del ángel y de santa Elisabet: á saber, que se digne ella interesarse por nosotros delante de Dios, que emplee su crédito en favor de nosotros todo el tiempo de nuestra vida, en la que estamos expuestos á mil peligros, pero particularmente en la hora de nuestra muerte.

Para rezar esta oración con fruto es preciso excitarse cada uno al dolor de sus pecados, unir su intención á la Iglesia, y tener un vivo deseo de glorificar á Dios y la santísima Virgen. Es muy deplorable, hermanos míos, que el espíritu de la verdadera devoción se haya alterado en la mayor parte de los cristianos de nuestros días: porque, sin hablar ni de tantas personas que no hacen ningún caso del Rosario, como si estas santas prácticas no conviniesen sino á los ignorantes y á los sencillos, ni de aquellos que, habiéndose alistado en esta Cofradía, no cumplen con ninguno de los deberes que ella les impone, no tienen ningún celo por la gloria de Jesús y de la santísima Virgen su madre, y dejan pasar las mayores solemnidades sin acercarse á los sacramentos en honor suyo; ¡cuántos se hallan que verdaderamente se precian de ser rígidos observadores de todas las prácticas de esta santa sociedad, mas por otra parte descuidan impunemente aquellas que son más necesarias á la salud! Ellos tendrían en grande escrúpulo pasar un día sin rezar el Rosario, y no lo tienen en hacer salir de la misma boca, que ha pronunciado las alabanzas de Jesús é invocado el socorro de la reina del cielo, las maldiciones más detestables, las palabras más horribles. Otros se contentan de sus buenas intenciones y de algunos deseos piadosos. Con el pretexto de que su nombre está escrito en los registros de alguna cofradía, creen ya que está escrito en el libro de la vida. Por haber seguido una procesión se imaginan que su corazón sigue también á Dios. Ellos ruegan á Jesucristo, ellos cantan sus alabanzas y las de su santísima Madre; pero de allí no pasan, sin cuidarse de conformar su vida á tan excelentes modelos. Se parecen á poca diferencia á aquellos Judíos que gritaban: *Templo del*

Señor, templo del Señor (Jerem. vii, 4), y nada hacian menos que lo que mandaba el Dios del templo.

No olvideis nunca, hermanos míos, que nadie puede justificarse y salvarse, á cualquier cofradía que pertenezca, á menos que imite á Jesucristo y á su santísima Madre, que fué una copia fiel de su Hijo. Buscar otros caminos de santificación, es engañarse: fiarse en otras prácticas sin aquella, es hacerse una religion quimérica. Ni basta tampoco llevar una vida exenta de pecados para cumplir con los deberes de la cofradía del Rosario: se debe tambien cumplir con las oraciones que ella prescribe con un espíritu interior; y para ello deben los cofrades, antes de comenzar el Rosario, excitarse á un vivo dolor de sus pecados, purificar su corazon con un acto de contrición, unir su intencion á la de la Iglesia, tener un vivo deseo de glorificar á Dios y á la santísima Virgen, y acompañar esta oracion de una grande estima de la persona á quien la dirigimos, y del respeto y confianza que merece su dignidad incomparable de Madre de Dios. Todavía hay mas. Si se quiere que el Rosario produzca efectos saludables, debe cada uno al rezarlo ocuparse religiosamente en meditar con devocion algunos de los misterios de nuestro Señor Jesucristo ó de la santísima Virgen: porque orar sin meditar jamás ni reflexionar sobre lo que uno dice, es callarse mientras que ora todo el dia. Es tener la misma suerte que aquel pueblo ciego y grosero, al que Jesucristo reprende que le honra con los labios, pero que su corazon está distante de él. Es preciso por lo tanto, que la oracion mental vaya unida á la vocal para que esta sea saludable; y este secreto de rogar bien nos lo descubrió santo Domingo fundador del Rosario. Porque, ¿á qué fin ese número de Oraciones dominicales y Saluciones angélicas, de que está compuesto el Rosario? ¿Es acaso para hacer rezar por rutina y sin reflexion estas dos oraciones cierto número de veces? No por cierto: es para darnos ocasion de reflexionar con atencion sobre los misterios, de los que estas oraciones nos traen el recuerdo y la memoria.

Hay tres especies de misterios: los Gozosos, los Dolorosos, y los Gloriosos. Cuando al rezar el Rosario toma uno por objeto de sus reflexiones los misterios gozosos, debe entrar con la santísima Virgen en comunicacion de sus misterios de gozo. El primero es el misterio de la Anunciacion, misterio tanto mas consolador para nosotros, cuanto es, por decirlo así, la primera época de nuestra redencion. Con efecto, habiendo llegado el momento destinado desde la eternidad para la reconciliacion de los hombres con Dios, el ángel Ga-

briel, que habia predicho al profeta Daniel cuatrocientos años antes la venida y la muerte del Mesias, y que habia sido enviado al sacerdote Zacarías seis meses habia para anunciarle el nacimiento de aquel que debia ser su precursor; ese ángel, digo, fué tambien enviado por Dios á María para anunciarle que ella era elegida para ser la Madre del Verbo encarnado, y para pedirle su consentimiento. La santísima Virgen quedó turbada al oír este anuncio, é hizo entender al ángel, que si ella debiese escoger, preferiria privarse del honor de ser Madre de Dios, que no perder la gloria de ser virgen. Entonces la tranquilizó el ángel, diciéndole que concebiria por obra del Espíritu Santo. Y al oír esto respondió María con humildad: Aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mi segun tu palabra. ¡Qué fondo inagotable de reflexiones suministra este misterio!

El segundo es el de la Visitacion de la santísima Virgen á santa Isabel. Despues que se hubo retirado el ángel Gabriel, Maria partió desde luego á las montañas, en donde vivia su prima Isabel, y habiendo entrado en la casa de Zacarías su esposo, la saludó. Sucedió entonces, que el niño que llevaba Isabel, saltó de gozo en sus entrañas, y ella quedó llena del Espíritu Santo, y exclamó: ¿De dónde me viene esta dicha excesiva, de que venga á visitarme la Madre de mi Señor? Vos sois bendita entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de vuestro vientre.

El tercer misterio gozoso es el del Nacimiento de Jesucristo en Belen, en un pobre establo en donde Maria se habia retirado, por no haber podido hallar lugar en las posadas, porque ella era pobre, y habia un gran concurso de gente en Belen.

El cuarto es el de la Presentacion de Jesús al templo, y de la Purificacion de Maria. La santísima Virgen llevando á nuestro Señor fué al templo de Jerusalem el dia cuarenta despues de haber nacido, para purificarse, como si hubiese contraido alguna mancha, á fin de darnos un ejemplo de humildad y obediencia á la ley de Dios, y para presentar su Hijo al Señor como la sola víctima capaz de apaciguar su ira.

En fin, el quinto misterio gozoso es el Hallazgo de Jesús en el templo. Cuando el Salvador hubo llegado á la edad de doce años, se separó de la santísima Virgen y de san José, y fué al templo, en donde disputó con los doctores de los Judíos, y los confundió con sus respuestas. Sin embargo Maria y José, que le habian perdido, habiéndolo buscado con una diligencia sin igual, le encontraron en el templo al cabo de tres dias. ¡Qué motivo de alegría

para ellos! pero ¡qué fondo de instruccion para nosotros! Ahí tenéis, hermanos míos, materias abundantes para reflexiones rezando el Rosario. ¿Y sería posible que pudiésemos estar distraídos haciendo esta oracion, si nos ocupásemos de todos estos grandes objetos?

Los misterios de dolor de Jesucristo hicieron derramar una infinidad de lágrimas á los ojos de la santísima Virgen, y segun la profecia de Simeon (*Luc. II, 35*) atravesaron su alma con una cuchilla de dolor. Pero si estos misterios se cumplieron todos en un dia y una noche, quedaron ellos tan profundamente impresos en el corazon de aquella madre aflijida, que su imágen permaneció siempre presente en su espíritu, puesto que le sirvieron de sujeto de sus mas ordinarias meditaciones durante el resto de su vida. Así pues, aunque todos los cristianos tengan una obligacion comun de meditar á menudo la pasion del Hijo de Dios, los cofrades y los devotos del Rosario están obligados á ello de un modo mas particular.

Ellos deben entrar con la mas afligida de todas las madres en sociedad de los misterios de la pasion de su Hijo, es decir; que deben acompañar á Jesucristo en las estaciones que hizo: unas veces en el huerto de los Olivos, en donde ruega y se entrega á la voluntad de su Padre aceptando el cáliz de su pasion; otras veces en el pretorio de Pilatos, en donde es azotado con una crueldad inaudita, y coronado de espinas con una inhumanidad sin ejemplo; ya por las calles de Jerusalem, por las que pasa cargado con su cruz; ya en fin sobre el Calvario, en donde es crucificado, y en donde entrega su espíritu á su Padre, cubierto como está de oprobios y abrumado de mil dolores. Si, hermanos míos: debéis procurar, que al rezar vuestro Rosario, vuestro espíritu esté todo ocupado en la contemplacion de estos misterios del Hijo de Dios, y que vuestro corazon entre con el de la santísima Virgen en sociedad de todos sus dolores.

Esto es lo que san Pablo predicó á los primeros cristianos cuando les decia (*Philipp. II, 5*): *Sentite in vobis quod et in Christo Jesu*: Entrad en los sentimientos de Jesucristo, en la participacion de sus penas y de sus padecimientos por medio de una íntima compasion de vuestro corazon. Lo mismo dice á los Judíos recientemente convertidos á la fe (*Hebr. XII, 3*): *Recogitate*, recordad á menudo en vuestro espíritu el pensamiento de aquel que sufrió tan grandes contradicciones de parte de los pecadores que se levantaron contra él, que le dieron maldiciones por sus beneficios, que profirieron mil

blasfemias contra su divinidad, y que despues de haberle hecho sufrir todos los tormentos imaginables, le quitaron por fin la vida. Pero ¿qué fruto hace esperar san Pablo á los primeros cristianos como efecto de la meditacion continua de los dolores de Jesucristo en su pasion? Hélo aquí (*Hebr. XI, 3*): *Ut ne fatigemini, animis vestris deficientes*, á fin de que no os desalenteis, y no caigais en el abatimiento. Ahora bien, esta promesa y esta exhortacion se dirigen particularmente á los devotos del Rosario. Como ellos deben honrar á la santísima Virgen con el recuerdo continuo de sus misterios de dolor que no fueron otros que los de su Hijo, ellos entran al mismo tiempo con ella en sociedad, no solo de los dolores que ella sufrió, sino tambien de la paciencia y de la resignacion á la voluntad de Dios con las que los sufrió ella.

Asi como la santísima Virgen halló en su Hijo el origen de los gozos mas puros que ella tuvo en este mundo, y de los mas crueles dolores que la afligieron, asi tambien halló en él solo la mayor gloria que recibió. En efecto, como ella habia entrado con Jesucristo en sociedad de todos los misterios de su vida, ¡qué gloria para esta santa Madre cuando vió á su Hijo resucitado, glorioso, impassible é inmortal, triunfante de la muerte y de todas las potestades del mundo y del infierno! ¡qué gloria para ella cuando le vió subir al cielo con su propia virtud, rodeado de un millon de espíritus bienaventurados con todo el aparato de un triunfo! ¡qué gloria para ella cuando vió á los apóstoles que, llenos del Espíritu Santo el dia de Pentecostés, empezaban á predicar en medio de Jerusalem con un éxito admirable el nombre y la divinidad de su Hijo! ¡qué gloria para ella, cuando, despues de haber pagado á la naturaleza el tributo con una muerte de amor, se vió elevada en cuerpo y alma por una virtud divina, y llevada por legiones de ángeles sobre el trono que le estaba preparado en el cielo! En fin, ¡qué consumacion de gloria, cuando ella vió que las tres personas divinas la coronaban como Reina del cielo y de la tierra! Héos aquí los misterios gloriosos que componen la tercera parte del Rosario, y que deben ser el sujeto de vuestras meditaciones cuando la rezais. Aquí debéis elevaros en espíritu sobre vosotros mismos y sobre todas las criaturas: debéis entrar en el cielo con los ángeles para admirar allí los misterios gloriosos de Jesús y de María. Dichosos de vosotros, hermanos míos, si despues de haber hecho de ellos el sujeto ordinario de vuestras reflexiones acá en la tierra, mereceis contemplarlos para siempre jamás en la eternidad bienaventurada. AMEN.